

jó con tanta fuerza y desireza, que los que acababan de mostrarse sus enemigos, le felicitaron cordialmente por aquellas estimables cualidades.

CAPITULO IV.

MIRIAM.

Pocos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, la esclava favorita de Hipatia entró en su cuarto una mañana con rostro alterado.

—Señora, la vieja judía, esa á quien tantas veces hemos visto mirando á tus ventanas desde la acera de enfrente, esa que nos asustó á todas el otro dia atreviéndose á entrar, porque seguramente es una hechicera terrible. . . .

—Bien, ¿qué?

—Está abajo y quiere hablar contigo. Yo no tengo cuidado, porque llevo un amuleto. ¿Le tienes tú tambien?

—¡Necia! Los que como yo están iniciados en los misterios de los dioses pueden desafiar á los malos espíritus y darles órdenes. ¿Crees que la favorita

de Palas Atene podrá temer los encantos ni la mágia? Dile que suba.

La esclava se retiró considerando las altas pretensiones de su ama con un sentimiento de respeto mezclado de incredulidad, y volvió con la vieja Miriam, conservándose prudentemente detrás de ella, y procurando evitar aquella mirada de basilisco para no esponer á una prueba demasiado fuerte el poder del amuleto que llevaba consigo.

Miriam entró, y adelantándose hácia la orgullosa belleza, que permanecía sentada, se inclinó profundamente delante de ella, aunque sin apartar la vista de su semblante.

El rostro de la vieja era duro y arrugado, su boca ancha, sus labios delgados; pero lo que mas llamó la atencion de Hipatia fueron los ojos negros como el carbon, que brillaban bajo las cejas grises de su semblante moreno entre dos rizos negros, que le caian de la frente entrelazados con monedas de oro. Hipatia no podia separar su vista de aquellos ojos; se puso encendida y empezó á sentir los impulsos de una cólera nada filosófica al ver que la vieja la miraba con instancia, como si supiera,

y quisiese emplear en ella la influencia que ejercian sus miradas.

Despues de un momento de silencio, Miriam sacó una carta del pecho y la presentó á Hipatia, haciendo otra profunda reverencia.

—¿De quién es esto?

—Tal vez la carta misma se lo dirá á la hermosa, á la afortunada, á la discreta señora, respondió la vieja en tono adulator y meloso. ¿Qué ha de saber la pobre judía de los secretos de los grandes personajes?

—¿De los grandes personajes?

Hipatia miró el sello que fijaba el cordon de seda de que iba rodeada la carta. Era de Orestes, y estaba escrita de su puño. . . . ¿Por qué habia elegido tan extraño mensajero? ¿Qué mensaje podia ser aquel que exigia semejante secreto?

Dió un par de palmadas, llamando á la esclava, y dijo:

—Que espere esa muger en la antecala.

Miriam salió de espaldas haciendo cortesías. Hipatia, al levantar la vista de la carta para ver si estaba sola, observó los ojos de Miriam fijos en ella y

cierta espresion en su rostro, que sin saber por qué, la hizo temblar.

—¿Qué necia soy! dijo: ¿qué me importa á mí de esa vieja hechicera? Pero veamos la carta.

“A la mas noble y mas hermosa maestra de filosofia, amada de Atene, su pupilo y esclavo, salud. . . .”

—¿Mi esclavo, y no dice su nombre!

“Hay quien cree que la gallina favorita de Honorio, que lleva el nombre de Ciudad-Imperial, medtará mas entregada al cuidado de un nuevo dueño; y el conde de Africa ha sido espedido por comision de sí mismo y de los dioses inmortales para dirigir por ahora el gallinero de los Césares, á lo menos durante la ausencia de Aaulfo y Placidia. Hay tambien quien considera que en esta ausencia el leon de Numidia podria venir á formar yunta con el cocodrilo de Egipto, para labrar entre los dos una hacienda que pueda estenderse desde las Cataratas hasta las columnas de Hércules, y que no dejaria de presentar atractivos aun para un ánimo filosófico. Pero la Arcadia es imperfecta si al labrador no le acompaña una ninfa. ¿Qué hubieran sido Dionisio sin

Ariadna, Ares sin Afrodita, Zeus sin Hero? Artemis tuvo su Endimion; solamente Atene se quedó soltera, y eso porque Efesto fué un amante demasiado brusco. No es así el que ahora ofrece á la representante de Atene la oportunidad de participar de un puesto, que ha de ganarse, porque de otro modo sería imposible, con el auxilio de su sabiduría. *Fonanta synetoisin.* Eros, invencible por siglos y siglos, ¿podrá ahora errar el tiro cuando tiene al alcance de sus flechas la caza mas noble del mundo? . . . ”

El rostro de Hipatia, que se habia puesto pálido al recibir la última mirada de la judía, se coloreó de nuevo rápidamente conforme iba leyendo las líneas de esta singular epístola; hasta que al fin estrujándola entre las manos se levantó y corrió á la librería inmediata, donde estaba Teon meditando sobre sus libros.

—Padre, ¿me podrás decir qué significa esto? Mira la carta que Orestes se ha atrevido á enviarme por mano de una vieja judía.

Y desarrugando la carta delante de él, esperó en actitud orgullosa é impa-

ciente á que el anciano se enterase de su contenido.

Teon la leyó con cuidado y despues levantó la vista al parecer no muy descontento de lo que habia leído.

—¿Qué dices, padre? preguntó Hipatia casi en tono de reconvencion. ¿No te indigna el insulto que se hace á tu hija?

—Querida mia, contestó el padre, sin duda no has reparado que aquí te ofrece. . . .

—Ya sé lo que me ofrece, padre: el imperio de Africa. . . . Me propone que descienda de las alturas de la ciencia, de la contemplacion de las glorias inmutables é inefables á los campos inmundos de la vida práctica y terrena, para mezclarme en intrigas políticas y tomar parte en las miserables ambiciones, delitos y falsedades del género humano. . . . Y el premio que me ofrece por todo esto, á mi, la inmaculada, á mi, Hipatia, es. . . . su mano. ¡Oh, Palas Atene! ¿no te sonrojas ante esta injuria hecha á tu hija?

—Pero, hija mia, un imperio. . . .

—Por ventura, ¿el imperio del mun-

do podria devolverme, una vez perdido, el respeto de mí misma, mi justo orgullo? ¡Evitaria que mis megillas se cubriesen de rubor cada vez que recordara que habia llegado á ser propiedad y juguete de un hombre, para someterme á su gusto, criar sus hijos y ocuparme en los nauseabundos quehaceres domésticos? No podria ya gloriarme de mi misma pureza é independencia, toda entregada como estaria á un hombre, ¡y qué hombre! frívolo, disipado, sin corazon, que solo cultiva mi sociedad para recoger y aprovechar para fines mezquinos las migajas que caen del banquete de los dioses.... ¡Necia de mí, que he fomentado sus pretensiones!... Pero no, no tuve yo la culpa.... Creía que viéndole á nuestra puerta, la causa de los dioses inmortales ganaria mucho en honor y fortaleza á los ojos de la multitud.... He tratado de presentar en los altares del cielo ofrendas impuras.... y esta es mi recompensa. Voy á escribirle ahora mismo con su digna mensajera y á devolverle insulto por insulto.

—En nombre del cielo, hija mia, por amor de tu padre, Hipatia, mi orgullo,

mi alegría, mi única esperanza, ten compasion de mis canas!

Y el pobre viejo se arrojó á los piés de su hija y abrazó sus rodillas en actitud suplicante.

Hipatia le levantó afectuosamente, y echándole los brazos al cuello, le estrechó contra su corazon y vertió abundantes lágrimas sobre sus blancos cabellos; pero no dijo una palabra que indicase que habia cambiado de resolucion.

—Piensa en mi gloria, en tu gloria: piensa en mí... no, en mí no; yo no me cuido de mí, añadió el anciano llorando tambien... ¡Pero morir viéndote emperatriz!....

—Aun podria ser que antes de coronarme muriese de parto, como mueren muchas mugeres que no tienen fuerza para someterse á tormentos, propios tan solo de esclavos.

—Pero... pero, dijo Teon poniendo en prensa su cerebro, á fin de buscar un argumento bastante opuesto á la naturaleza y al sentido comun para producir efecto en aquella hermosa fanática... pero, ¡y la causa de los dioses? ¡Qué no podrias hacer por ella!... ¡Acuérdate de Juliano!

Hipatia dejó caer los brazos como abatida; y el pensamiento que iniciaba su padre brilló en su mente produciendo en su corazón una mezcla de deleite y de terror.... Recordó los tiempos de su rosada juventud, los templos.... los sacrificios, los colegios de sacerdotes.... los museos. ¿Qué no podía hacer? ¿qué transformación no podría verificar en Africa? Diez años de poder, y al cabo de ellos el aborrecido nombre cristiano quedaria olvidado, y la estatua colosal de Atene Polias, hecha de oro y marfil, ostentaria su triunfo sobre el puerto de una Alejandria pagana.... ¿Pero á qué precio debía conseguirse este objeto!

Hipatia se cubrió el rostro con las manos, y vertiendo amargas lágrimas se retiró á su cuarto, combatido su ánimo por encontrados afectos.

Su padre la miró ansioso y perplejo, y despues de un momento de duda la siguió. Estaba sentada junto á la mesa y tenia el rostro cubierto con las manos. Teon no se atrevió á distraerla; ademas del afecto que la tenia, ademas de la superior instruccion, de la gloriosa belleza de su hija, que formaban el encanto de su ancianidad, la creia dotada de

aquel poder sobrenatural y distinguida por los dioses con aquel favor á que él tan atrevidamente aspiraba. Se contentó, pues, con mirarla desde el umbral de la puerta, rogando en su corazón á todos los dioses y espíritus, y especialmente al genio protector de su hija, que la persuadiesen á adoptar una determinacion que él no podia aprobar, pero que tenia la debilidad de desear.

Al fin la lucha interior que sostenia Hipatia cesó, y la hija de Teon levantó de nuevo la cabeza, serena, bella y tranquila.

— Lo haré. Por amor de los dioses inmortales, por amor de las artes, de las ciencias, de la filosofia.... lo haré.... Si los dioses necesitan una víctima, aquí estoy dispuesta al sacrificio. Si por segunda vez en la historia de los siglos las naves griegas no pueden darse á la vela para su mision de civilizacion y conquista sin el sacrificio de una virgen, yo entregaré mi cuello al cuchillo. Padre, no me llames ya Hipatia: llámame Ifigenia.

—Entonces yo seré Agamemnon, dijo el anciano reanimado y tratando de

disipar con un chiste la tristeza de su hija. Sin duda me crees un padre muy cruel, pero....

—Por favor, padre, ten compasion de mí, como yo la he tenido de tí.

Y empezó á escribir su respuesta.

—He aceptado, dijo, su oferta condicionalmente.... Veremos si tiene valor ó no para cumplir esa condicion. No me preguntes cuál es: mientras Cirilo mande en la plebe de Alejandría, siempre será mas seguro para tí, padre mio; que puedas negar que sabes mi respuesta. Te diré solo para tu satisfaccion, que si él obra como tú quisieras que obrase, yo seguiré tambien tus deseos.

—¿Has sido demasiado severa? ¿Le has exigido algo que por consideracion á la opinion pública no pueda otorgar abiertamente, pero que pueda concederte á tí luego que....

—Precisamente. Si yo he de ser víctima, el sacrificador ha de ser por lo menos un hombre, no un cobarde y un esclavo de las circunstancias. Si cree en la fé cristiana, que la defienda contra mí, porque ella ó yo pereceremos. Pero si, como todo lo indica, no cree

en ella, que la abandone y se abstenga de proferir contra los dioses inmortales esas blasfemias que repugnan tanto á su inteligencia como á su corazon.

Hipatia llamó con una palmada á su doncella y le entregó en silencio la carta que habia escrito para Orestes. Despues cerró la puerta de su cuarto y trató de continuar sus comentarios sobre Plotino. Pero, ¡ah! ¿Qué eran para ella los brillantes sueños de la metafisica en aquella lucha práctica del corazon? ¿De qué le aprovechaba definir los procedimientos por medio de los cuales las almas de los individuos emanaban del alma universal, cuando su alma, sola y bajo su responsabilidad propia, tenia que decidir sobre un acto tan terrible de la voluntad? ¿De qué le servia escribir elegantes frases sobre la inmutabilidad de la suprema Razon, cuando la suya propia estaba sola luchando por su existencia en medio de un piélago ilimitado de dudas y oscuridad? ¿Cuán grande, claro y lógico le habia parecido todo media hora antes, y cuán irresistiblemente habia ido deduciendo silogismo tras silogismo la no existencia del mal, no siendo este sino una forma

inferior del bien, uno de los innumerables productos de la gran mente que todo lo penetra, que no puede errar ni cambiar, pero que estraña y recóndita en sus operaciones, excita antipatía en todos los ánimos, menos en el del filósofo, que ha aprendido á conocer el vínculo que une el fruto amargo con la raíz perfecta de que ha nacido! ¿Podía ella ver á la sazón ese vínculo? ¿Podía ver la conexion entre la pura y suprema Razon y las horribles caricias del corrompido y cobarde Orestes? ¿No era aquel mal tambien puro sin ninguna mezcla de bien futuro ni presente?

Cierto que podria conservar su alma inmaculada en medio de todo; cierto que podria sacrificar la materia y ennoblecer el espíritu por este sacrificio.... Pero esto mismo, ¿no aumentaria su horror, su agonía, su mal? A lo menos para ella aquel era un mal, un verdadero mal. ¿Y los dioses lo exigian! ¿Eran justos en esto? ¿O acaso les era exigido á ellos por algun poder mas alto de que no eran sino emanaciones é instrumentos? Y ese poder mas alto, ¿no podria ser dominado por otro aun mas sublime, por algun inefable y absoluto ser

de que los cielos, la tierra, las criaturas eran victimas arrastradas en inevitable torbellino hácia el fin para el cual cada cosa hubiera sido creada? ¡Ah, y ella, Hipatia, habia sido creada para tal humillacion! Este pensaminto era intolerable. ¡No; no cumpliria tal destino; se rebelaria; como Prometeo, desafiaria á la suerte y lucharía!....

Con esta idea se levantó para evitar que llegase la carta á manos de Orestes.... Pero Miriam habia ya marchado con ella.

Hipatia se arrojó en el suelo y lloró amargamente.

Su agitacion, á la verdad, no se habria calmado si hubiera visto á la vieja Miriam entrar con su carta en una pobre casa del barrio de los judíos, abrirla, leerla y volverla á cerrar con maravillosa habilidad. Ni tampoco habria recibido gran consuelo si hubiera oido la conversacion que en una habitacion de verano del palacio de Orestes tenian en aquel momento éste ilustre hombre de Estado y Rafael Aben-Ezra, que sentados en dos divanes uno enfrente de otro, esperaban su respuesta y mataban el tiempo jugando á los dados.